

## MISION

- I. Sagrada Escritura
- II. Elaboración sistemática

### I. *Sagrada Escritura*

1. Si se entiende por misión la propaganda activa de los creyentes en orden a promover la  $\rightarrow$  fe de los  $\rightarrow$  paganos en el Dios que se revela, es inútil buscar en el AT indicios de tal actividad en el pueblo de Dios. Es cierto que la fe de  $\rightarrow$  Israel incluye desde el principio una esperanza de  $\rightarrow$  salvación para todos los pueblos. Abrahán y sus descendientes no sólo son elegidos de entre los pueblos, sino también *para* los pueblos. Su vocación va más allá

de las fronteras de su propio pueblo y se extiende a «todas las gentes de la tierra» (Gn 12,3; 22,18; 26,4). Pero Israel no interpretó nunca su significación universal en el plan salvífico de Dios como una obligación de misionar. Su labor es indirecta (→ sustitución). Por su historia es → signo de Dios, no testigo activo. Los demás pueblos deben ver experimentalmente reflejada en Israel la grandeza de Yahvé. El cometido de Israel es únicamente ser *en plenitud él mismo*: «mi pueblo» (Is 40,1-11). La conversión de los paganos es una acción escatológica de Dios. Su epifanía al fin de los tiempos producirá la incorporación de todos los pueblos al pueblo de Dios. Atraídos por el resplandor de Yahvé, los pueblos pasarán de la oscuridad a la luz y proclamarán sus hazañas (Is 40,5; 51,4; 60,1-4). La luz no los ilumina allí donde están, sino que los atrae hacia sí. El movimiento es centrípeto, no centrífugo. Al fin de los días, Sión, el monte santo de Dios, se elevará por encima de todas las alturas. Todos los pueblos confluirán hacia él (Is 2, 2-4 = Miq 4,1-3; Is 18,7; Jr 3,17; Zac 8,20-22) como hacia el centro de la tierra (cf. la noción oriental del ombligo de la tierra: Ez 38,12). Llegarán a ser miembros del pueblo de Dios (Zac 2,15) y participarán en el banquete del fin de los tiempos (Is 25,6-9), en la salvación de Israel. Yahvé, el Señor de todos los pueblos, los reunirá y convertirá, completando de este modo su dominio. No se ha pensado nunca en una misión previa dirigida a los paganos.

No está en contradicción con esto la invitación que hace el salmista de referir a todos los pueblos la gloria y los prodigios de Dios y anunciarles a voces que Yahvé es el rey (Sal 18,49s; 96). La alegría por los dones recibidos impulsa al orante a proclamar y alabar el nombre de Dios ante todas las naciones. Se trata aquí de un estilo hímnico: no se alude a una predicación misional directa. Tampoco el Salmo 66 es una descripción de éxitos misionales, sino la promesa profética de la futura conversión de los paganos.

A pesar de la estrechez de horizontes religiosos en el judaísmo tardío, no se apaga en absoluto la esperanza de salvación para todos los pueblos (Mal 1, 11; Dn 7,13s). Pero también entonces falta una verdadera actividad misionera. Es cierto que Israel empieza a entrar en relación con el mundo pagano-helenístico que le rodea (LXX, literatura sapiencial y profana del judaísmo posterior). Pero este enfrentamiento con la cultura y filosofía de su tiempo no tiene nada que ver con una misión propiamente dicha. La propaganda judía y el reclutamiento de prosélitos no nos hacen pensar en un verdadero interés misional. Israel no ha juzgado posible ni necesario conquistar a los no judíos para el pueblo de Dios. Así, pues, no ha preparado la misión cristiana.

2. → *Jesús*, al anunciar el reino universal de Dios, promete a los «gentiles» la participación en la salvación escatológica. Rechaza categóricamente los sentimientos nacionalistas judíos de odio y de venganza. De propósito omite en sus citas de Isaías la referencia al día de la venganza de Yahvé (Lc 4,18 = Is 61,1s; Lc 7,22s = Is 35,4s). En la predicación de Jesús no encontramos ninguna alusión a un juicio de castigo contra los enemigos po-

líticos de Israel. Los «gentiles», por el mero hecho de no ser judíos, no caen víctimas de la ira divina. El → juicio, por el contrario, se refiere a todo el mundo: todos los pueblos se reunirán, judíos y paganos (Mt 25,31ss), delante del Hijo de hombre entronizado en su gloria. No se traza ninguna línea divisoria entre Israel y los otros pueblos, sino entre los justos y los impíos. No obstante, Jesús reconoce la especial elección de los judíos en la historia de la salvación: ellos son los portadores de la → promesa, los hijos del reino (Mt 8,12); «la salvación proviene de los judíos» (Jn 4,22). Pero al rechazar su vocación, quedan excluidos de la salvación y han de ver cómo los «gentiles» ocupan su lugar en la mesa del banquete escatológico, al lado de los patriarcas (Mt 8,11). Las ciudades paganas de Sodoma, Tiro y Sidón lo pasarán mejor en el juicio final que las ciudades judías de Corozáin, Betsaida y Cafarnaún (Mt 11,21-24). Los ninivitas paganos y la reina del Sur harán sonrojarse de vergüenza a Israel y representarán el criterio de su condenación (Mt 12,41s). La salvación que Jesús predica y nos trae no se halla supeditada a condiciones de raza o linaje, sino que se extiende a todos. Nadie está excluido en ella si no se excluye a sí mismo.

Pero ¿cómo han de llegar los «gentiles» a tomar parte en el → reino de Dios? Durante su vida terrena, Jesús rehúsa decididamente toda actividad misionera entre los no judíos. Él confiesa que ha sido enviado únicamente a las ovejas extraviadas de la casa de Israel (Mt 15,24; cf. Mc 7,27: «primero»). Los relatos de los encuentros de Jesús con la sirofenicia (Mt 15,21-31), con el centurión pagano (Mt 8,5-13) y el poseso de Gerasa (Mc 5,1-20) confirman que Jesús se muestra extremadamente reservado frente a los «gentiles». No es él quien toma la iniciativa de la curación, sino que su intervención salvadora ha de ser conquistada mediante la fe extraordinaria de algunos paganos. La resistencia encontrada por Jesús en su propio pueblo tampoco le inclina a dirigirse hacia los no judíos, antes bien le lleva hasta la muerte en Jerusalén. A sus discípulos les prohíbe expresamente la misión: «No vayáis camino de los gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos» (Mt 10,5). Así como la obra misionera de Jesús se refiere solamente a Israel, del mismo modo los discípulos son enviados únicamente a las ovejas extraviadas de la casa de Israel (Mt 10,6).

La promesa de Jesús sobre la salvación de las gentes se halla en estrecha conexión con el AT. La conversión de los paganos queda reservada a Dios mismo. Su venida es un acontecimiento escatológico. Dios enviará a sus ángeles y reunirá el rebaño de los pueblos dispersos por toda la tierra (Mt 25,31s; Mc 13,27). Estas palabras nos remiten a la idea del AT sobre la peregrinación de los pueblos al monte Sión (Is 2,2-4). La ciudad de Dios asentada sobre el monte no puede quedar oculta (Mt 5,14). Su luz atrae a los pueblos. Mucedumbres de paganos tomarán parte en el banquete de alegría al fin de los tiempos, junto a los patriarcas del pueblo escogido, como convidados de igual dignidad. Muchos vendrán de Oriente y Occidente y se recostarán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Mt 8,11s; cf. Is 49,12; 25,6). El templo de Israel se convierte en el templo de la comunidad escatológica para salvación de todos los pueblos, en el santuario de

todo el mundo (Mc 11,17; cf. Is 56,7). En todos estos pasajes no se habla nunca de una previa mediación salvadora a través de los hombres. La entrada de los pueblos en el reino de Dios es una obra escatológica del mismo Dios.

3. Pero esta acción escatológica se inicia ya con Jesús. Su misión, dirigida exclusivamente hacia Israel, no supone un empobrecimiento de la voluntad salvífica de Dios, sino el camino histórico de salvación que conducirá a todos los pueblos al reino de Dios. Jesús, a pesar de verse reprobado por Israel, no desvía su misión hacia los paganos, sino que recorre el camino señalado por Dios hasta la muerte para alcanzar así la salvación también para los paganos. Él da su vida como precio de rescate por ellos, por «los muchos» (Mc 10,45); derrama su sangre por ellos (Mc 14,24). Con su obediencia hasta la muerte paga el rescate por todos los hombres. El grano de trigo tiene que morir para que produzca mucho fruto (Jn 12,24). Con la cruz comenzará el «tiempo de los paganos» (Jn 12,20-24). Al ser elevado el Señor al trono de la cruz, atraerá hacia sí a todos (Jn 12,32). Su muerte y su resurrección (→ resurrección de Jesús) son el fundamento de la misión. En el momento en que Dios inicia el fin con estas obras portentosas empiezan ya a cumplirse las promesas del AT y las promesas de Jesús para el fin de los tiempos: Dios llama en ese momento a los paganos y se dirige a todos los pueblos. Dios entroniza a su hijo Jesucristo como Señor del mundo entero (Mt 28,18). La fe en él tiene como exigencia la misión de todos los pueblos.

Pero el dominio de Cristo está sólo iniciándose; aún no se ha manifestado a todo el mundo. El fin que ya ha empezado no ha llegado todavía a su perfecto cumplimiento. Antes ha de ser Israel llamado a conversión por la fe de los paganos (Rom 11,11ss). Al haber rechazado Israel la llamada hecha por Jesucristo, impidiendo así la inmediata entrada de los «gentiles» en el pueblo de Dios, queda diferida la venida del reino de Dios y se da más tiempo al mundo. Estos «últimos días» (Hch 2,17), los días del «final diferido, mas no abrogado y ya comenzado» (H. Schlier) entre la Pascua y la Parusía, son el tiempo de los paganos (O. Cullmann). Lo que el fin ha de traer es ya realidad en sus primicias. La misión de los paganos es una señal del cumplimiento final, es un primer comienzo de la obra escatológica de Dios. Sugiere el día de la consumación y lo prepara en cuanto se refiere a la salvación ya actualmente donada.

El fundamento de la misión es el mandato de Cristo. El Señor resucitado envía a sus → apóstoles por todo el mundo y para todos los tiempos. Su misión es universal en el espacio y en el tiempo. «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y amaestrad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y enseñándoles a guardar todas cuantas cosas os ordené. Y sabed que estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos» (Mt 28,18-20).

El testimonio de los apóstoles ante los «gentiles» hasta los confines de la tierra (Hch 1,8) no se basa sólo en el envío de Cristo, sino también en su perpetuada presencia. A través del → Espíritu Santo se queda siempre con ellos; la posesión del Espíritu será un requisito ineludible del obrar apostó-

lico. Por eso, al ser enviados, reciben ya el Espíritu Santo (Jn 20,21-23), y su misión empieza propiamente el día de Pentecostés. Los primeros movimientos de conversión de los primeros paganos en la Iglesia primitiva, según el relato de los Hechos, se realizan gracias a la personal intervención de Dios, en un ambiente de milagros, sueños y visiones (10,11). Por obra del Espíritu Santo comprenden → Pedro (10,47) y la comunidad primitiva (11,18) que también los paganos han sido llamados. La actividad misionera de los apóstoles no es una obra meramente humana, sino impulsada por la fuerza del Espíritu que se derrama sobre ellos (1,8). En estos últimos días que van desde la Pascua hasta la Parusía, envía Dios su Espíritu sobre toda carne y realiza el retorno de todos los paganos a la casa del Padre. Los apóstoles, poniendo su trabajo obedientemente al servicio de la misión de Cristo y dejándose guiar por el Espíritu, son sus testigos, sus misioneros.

No es → Pablo el primer misionero, sino Pedro; pero a Pablo le está encomendada la misión de los paganos de un modo especial. Dios le ha segregado desde el seno de su madre y elegido por su gracia. Al revelarle a su Hijo, le llama para apóstol (Gál 1,15). Desde su encuentro con el Señor glorioso a la entrada de Damasco, Pablo es consciente de su especial misión de predicar a los no judíos el mensaje de salvación de Cristo (Gál 1,16). Obediente a esta llamada, se pone en seguida al servicio de su misión, y lo hace de completo acuerdo con «Santiago, Cefas y Juan» (Gál 2,9). En su predicación misionera se muestra patente el Espíritu (1 Cor 2,4). Es el Pneuma el que se sirve de la palabra del Apóstol y efectúa la conversión (1 Tes 1,5): «Yo no me atreveré a hablar de otra cosa que lo que Cristo ha obrado a través de mí... por la virtud del Espíritu Santo» (Rom 15,18s).

Cristo, el Señor glorificado, está presente en la → Iglesia a través de los tiempos con su poder universal. Esta presencia exige la misión: a través de la Iglesia debe manifestarse al → mundo la sabiduría de Dios, que antes se hallaba oculta (Ef 3,10). En la predicación apostólica, la → sabiduría divina se hace palabra (Ef 3,10), manifestada en la existencia y en la vida de la Iglesia. La Iglesia es el signo de la gracia divina para toda la historia mundial. A través de ella, Cristo, que es «nuestra paz», que ha «unificado las dos partes» (Israel y los paganos) y ha «quitado la pared divisoria» (Ef 2,14), ejerce su poder sobre el universo y lo llena con su fuerza (Ef 1,22s; Col 1,18ss). Con su predicación invita al mundo a someterse a su imperio universal. Regala sus dones a la Iglesia y la edifica, a fin de atraer hacia sí, por medio de ella, a todo el universo y conducirlo a su plenitud (Ef 4,10-16).

La Iglesia toma parte por su misión en la acción escatológica de Dios y avanza hacia el día en que Cristo se manifestará en la plenitud de su → gloria como Señor del universo. La meta que Dios ha fijado a la Iglesia y, por ella, a todo el mundo es Cristo como cabeza del universo (Ef 1,22).

H. Sundkler, *Jésus et les païens*, Upsala 1937; J. Munk, *Paulus und die Heilsgeschichte*, Copenhagen 1954; H. Schlier, *Die Entscheidung für die Heidenmission in der Urchristenheit: Die Zeit der Kirche* (Friburgo 1958) 90-107; G. Stählin, *Mission: EKL II* (1958) 1336-1341; D. Bosch, *Die Heidenmission in der Zukunftsschau Jesu*, Zurich 1959; J. Jeremias, *Jesu Verheissung für die Völker*, Stuttgart 1959; O. Cullmann,

*Christus und die Zeit. Die urchristliche Zeit- und Geschichtsauffassung*, Zurich <sup>3</sup>1962; A. Santos Hernández, *Teología bíblico-patristica de las misiones*, Santander 1962; F. Hahn, *Das Verständnis der Mission im Neuen Testament*, Neukirchen <sup>2</sup>1965; O. Cullmann, *Der eschatologische Charakter des Missionauftrags und des apostolischen Selbstbewusstseins bei Paulus: Vorträge und Aufsätze 1925-1962* (Tubinga 1966) 305-336; id., *Eschatologie und Mission im Neuen Testament*: ibíd., 348-360; Ph. Perkins, *Carácter misionero de la Iglesia en el NT*: *Concilium* 134 (1978) 9-17.

F. KAMPHAUS

## II. *Elaboración sistemática*

Existe una gran inseguridad y confusión en la terminología misionológica, no habiéndose fijado todavía con claridad el concepto de «misión». Para muchos, misión significa la «catolización» de los no católicos; sin embargo, ninguna obra histórica o método misional incluye en su campo de acción el trabajo entre los cristianos no católicos. Interesa, por tanto, tratar de aclarar el concepto. Hay que añadir además que la palabra misión se emplea con frecuencia, en un sentido desviado, para fines no misioneros. En fin, el concepto de «misión» es fundamental y decisivo para la misionología y la actividad misionera.

1. *La palabra.* a) «Misión» tiene significados profanos y religiosos. Se habla de misiones o embajadas diplomáticas, políticas, militares, culturales, y de la misión de profetas, poetas, artistas. Goethe creía en la misión del hombre extraordinario. La teología emplea esta palabra en el tratado trinitario, en la cristología, en la eclesiología y en el derecho canónico. En la doctrina trinitaria (→ Trinidad) se da el nombre de *missiones* a las procesiones eternas, intradivinas, inmanentes y necesarias de las personas divinas que se unen con una actividad temporal de la → persona y representan prolongaciones de las *processiones aeternae* en las *processiones temporales*; por ejemplo, la → encarnación del Logos y el envío del → Espíritu Santo. Pertenece a los temas de la cristología la misión del Logos por el Padre y la misión de los → apóstoles por → Jesucristo. La eclesiología habla de la misión de ciertos hombres con determinados cometidos en la Iglesia. En el derecho canónico, *missio* es el acto de la autoridad eclesiástica por el que se da el encargo o permiso de predicar la doctrina de la Iglesia, y la actividad docente que sigue el acto del envío. En concreto, se aplica el nombre de misión aquí a dos clases especiales de enseñanza: la misión popular (*missio interna*) y la misión exterior (*missio externa*), misión entre los no cristianos.

b) En este trabajo se trata de la misión para y con los no cristianos. La Biblia no emplea el término misión en este sentido; pero se refiere a ella con alguna perífrasis; por ejemplo, «predicar el → evangelio» (→ predicación; Hch 8,40), «predicar a Jesús» (Hch 9,20), «servir al evangelio» (Flp 2,22), «ser embajador en nombre de Cristo» (2 Cor 5,20) y otros giros que ciertamente no concuerdan del todo con el sentido atribuido hoy día a la misión. Ἀπόστολή significa en la Biblia el oficio de apóstol (Hch 1,25;

Rom 1,5; 1 Cor 9,2; Gál 2,8; cf. ThW I, 406-446). Ni los Padres ni la Escolástica emplean la palabra misión en nuestro sentido. Sólo a partir del siglo XVI, con Ignacio de Loyola y Diego Laínez, empieza a utilizarse en sentido moderno. Hoy la palabra misión expresa la obra de la Iglesia entre los no cristianos de Asia, Africa, Oceanía y otras regiones.

Además de «misión», existen otras expresiones que indican esa misma actividad, como apostolado, apostolado mundial, *missionalis apostolatus*, propagación de la fe, *propagatio salutis, propagatio christianae fidei, praedicatio evangelii*, evangelización, cristianización.

2. *El concepto.* En el vocabulario misionológico, la palabra «misión» expresa el acto de enviar mensajeros a los pueblos, más exactamente a los no cristianos, y la actividad que corresponde a este envío.

a) *El acto del envío.* Dios ha enviado al Logos a la tierra, y Jesucristo ha transmitido este encargo a los apóstoles: «Como mi Padre me envió, también yo os envío a vosotros» (Jn 20,21; cf. 17,18). Los términos griegos aquí empleados son ἀποστέλλειν y πέμπειν. La Iglesia envía —generalmente a través de las congregaciones y los institutos dedicados a las misiones— misioneros a todo el mundo, sacándolos así de su vida acostumbrada. Este acto de envío, que en último término revierte a Dios y que hace aparecer a los misioneros a los ojos de muchos como hombres necios o locos, constituye la esencia del misionero.

b) Sin embargo, al hablar de «misión», más que en el acto del envío se piensa en la *actividad correspondiente a este envío*, es decir, en el trabajo en medio de los que se encuentran asentados «en oscuridad y sombras de muerte», entre los que se hallan «lejos» (Ef 2,13) o «fuera» (Col 4,5), entre los que están enfermos, los que no están en vías de salvación, los que no son discípulos, los no cristianos. El tipo del misionero es distinto del que tiene cura de almas (→ pastoral). El que dedica su vida a cuidar y atender a los cristianos de Africa o Asia hace una obra buena, pero no es misionero. Existencia misionera es la que está dedicada a aquellos que «no son de este redil». Y semejante actividad es, en rigor, una colaboración de la Iglesia y sus enviados con el Dios trino. Los misioneros son exactamente θεοῦ συνεργοί, *adiutores*, colaboradores de Dios (1 Cor 3,9), «servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (1 Cor 4,1). Ellos preparan los caminos, van por delante, para que Dios obre lo que únicamente él puede obrar.

Existe diversidad de opiniones al determinar en qué consiste propiamente la obra misional. En la antigüedad, misionar significaba «convertir el mundo» o, más claramente, «llevar hacia Cristo» (→ conversión), «hacer discípulos suyos a los gentiles», cristianizar. Según esto, únicamente eran «objeto de misión» los no cristianos, es decir, los paganos, los musulmanes, los judíos y los sin religión. Todavía hoy se interpreta muchas veces el concepto de misión en este sentido. Sin embargo, desde la fragmentación de la cristiandad muchos entienden la misión como la «catolización» de los no católicos, de modo que incluyen también como objeto de misión a los herejes y cismáticos. Ultimamente se suele describir la misión como la *plantatio ecclesiae*,

como la fundación, arraigamiento, implantación de la Iglesia en los países no cristianos, o como la constitución de Iglesias particulares, regionales y locales (Charles Loffeld y otros). Otras veces se señala como contenido de la misión «la salvación de las almas» de los no cristianos; pero hoy apenas se hace mención de esto. Se supone que en la misión se trata de «salvación» en un sentido total, que la salvación debe afectar al hombre entero y a los pueblos enteros. Por tanto, para determinar el concepto de misión y fijar su fin, lo más conveniente es atenerse al encargo de misión hecho por Jesús y a las declaraciones de la Iglesia.

c) La obra misionera incluye concretamente el «ir» a los paganos, la toma de contacto con ellos a imitación del Logos, que se hizo carne y vivió entre los hombres; el testimonio y la encarnación de Cristo y de lo cristiano; el servicio a la → palabra por la proclamación, la predicación, la enseñanza, la catequesis; el servicio a la vida de la gracia (→ bautismo, → oración, etc.); el servicio a la vida moral y a las realidades sociales (familia, clan, tribu, pueblo, → Estado, humanidad); la labor caritativa y la conservación, cuidado y ennoblecimiento de la → naturaleza creada gratuitamente por Dios. Es esencial a la actividad misionera el no quedar a la libre elección de los que llevan la misión. El enviado no tiene la libertad de hablar, querer o hacer lo que él (o bien su orden o congregación) desea y pretende, sino que ha de decir y hacer lo que se le ha encargado, hablar lo que ha oído directa o indirectamente, hacer las obras que le son mandadas.

Misionar según el espíritu de Cristo y de su Iglesia está en franca contradicción con todas las formas de propaganda, que persuaden, pero no convencen; que paralizan, se imponen por la fuerza y sojuzgan, pero no liberan; que empujan, incitan, predisponen, hechizan, encantan, obran por arte de magia, pero no influyen humanamente; que fascinan y engañan, pero no iluminan. Está en contradicción con todas las formas de propaganda que se sirven de simplificaciones, generalizaciones, repeticiones y apelan más al sentimiento que a la reflexión racional; que se dirigen a la masa e ignoran las motivaciones individuales; en una palabra: con todas las formas de propaganda que usan medios no espirituales, no cristianos. Misionar se opone además a la actividad de quien hace de los no cristianos no discípulos de Cristo, sino discípulos de sí mismo, es decir, del misionero. Misionar es algo que exige la más absoluta exclusión de la propia persona; es por esencia un «servicio».

Finalmente, al hablar de «misión» se piensa en los «territorios» en que trabajan misioneros. En este sentido se habla de misión en Africa, en Asia o en Corea. No obstante, hoy se da cada día menor importancia al factor geográfico. Hay misión no sólo para los gentiles en las «misiones», sino también para los no cristianos en los llamados países cristianos; incluso este último tipo de misiones va ganando cada día mayor importancia. Todo el mundo habitado (*ecumene*) es campo de misión.

3. *Misionología.* a) Recibe este nombre la disciplina teológica que se impone la tarea de investigar con especial dedicación y de presentar me-



tódica, sistemática y críticamente la misión del Logos, de los apóstoles, de los misioneros, de los cristianos todos, y su correspondiente actividad, la cual no tiene comparación posible en cuanto a potencia y eficacia en la historia del mundo y de las → religiones. Dentro de ella hay que distinguir una parte práctica, otra histórica y una tercera teórica. La misionología práctica describe cómo se puede convertir a los gentiles en discípulos de Cristo, y tiene tres ramas: moral, derecho y método misional. La historia de las misiones describe, «con respeto hacia la historia», toda la evolución misionera y sus realizaciones. La teoría misionológica, finalmente, reflexiona sobre el concepto de misión a partir de los principios teológicos: no trata de lo transitorio y mudable, sino de lo permanente y típico, de los principios y fundamentos de la misión, de su concepto y esencia, su sentido y necesidad, sus presupuestos, condiciones y origen, sus fuerzas impulsoras y objetivos marcados, su significado y valor, sus obligaciones y derechos.

b) A veces se ha rechazado la idea de una ciencia misional autónoma, al considerar que todo lo que trata la misionología puede ser estudiado dentro de las ramas acostumbradas de la → teología. De hecho, sin embargo, las ramas habituales de la teología no se han ocupado hasta ahora de la misión con la amplitud necesaria. Solamente una misionología propiamente tal podrá dedicarse a ello con la amplitud, el grado y la intensidad que requiere la importancia real del tema. No obstante, la dogmática, la moral, la historia eclesiástica, el derecho canónico y la pastoral no deberán abandonar dicho tema en manos de los representantes de la misionología.

Como toda realidad y toda obra divina, la misión interesa a *todos* los teólogos; ninguno debe descuidar su estudio u omitirlo. El tema de la misión ha de ocupar su lugar merecido en todas las ramas de la teología. El cristianismo es por esencia misión; la Iglesia, según su *esse* y su *essentia*, está instituida para la misión. De aquí que todas las ramas de la teología deban tratar los problemas misionales que caen dentro de su ámbito; toda la teología precisa una orientación de tipo misional. Esta orientación, cuya importancia y eficacia no siempre se reconoció en el pasado, es hoy una necesidad urgente.

c) Son muy variados los temas que en concreto se ofrecen a la investigación, *interpretación y estudio de la teología y la misionología*. A lo largo del extenso campo de la historia misional, hoy como ayer, existen lagunas que deben ser eliminadas. Mayor importancia tendría el estudiar toda la historia eclesiástica a la luz de la misión, del encargo de Cristo y del cumplimiento de este encargo. En los métodos misionales están todavía sin aclarar problemas importantes, como la cuestión de la → adaptación a las estructuras ideológicas, la mentalidad, la sensibilidad, las filosofías y teologías de los africanos y asiáticos; o el problema de la posibilidad y mejor modo de influir en las capas profundas y en el subconsciente colectivo de los pueblos. Pero es la teoría de la misión la que tiene planteados la mayoría de los problemas y los más arduos. Todavía no se ha dicho la última palabra ni se ha profundizado suficientemente sobre la esencia, el sentido original, el fundamento y los encargados (→ obispo) de la misión, así como sobre la labor asignada a los → seculares (*consecratio mundi*, según Pío XII). Aún está sin

dilucidar la cuestión sobre el sentido y lugar de las religiones no cristianas en la → historia de la salvación y en el plan salvífico de Dios. No se han estudiado todavía suficientemente las otras religiones a la luz de la verdad cristiana. La época de la condenación generalizada de todas las religiones no cristianas debería haber pasado a la historia, a pesar de la teología dialéctica. Muchos problemas deben ser totalmente considerados de nuevo desde un punto de vista estrictamente teológico. Entre los temas importantes que hoy día tiene planteados la teoría misional figuran la defensa y afianzamiento de la idea de misión frente a sus enemigos, frente al relativismo y al indiferentismo, frente a la corriente propugnadora de una coexistencia religiosa; es preciso, en fin, hacer patente la dimensión ecuménica y el aspecto escatológico de la misión.

G. Warneck, *Evangelische Missionslehre*, Gotha 1897-1903; J. Schmidlin, *Katholische Missionslehre im Grundriss*, Münster 1923; Th. Grentrup, *Jus missionarium I*, Steyl 1925; J. Schmidlin, *Einführung in die Missionswissenschaft*, Münster 1925; J. Richter, *Evangelische Missionskunde*, 2 vols., Leipzig 1927; G. Vromant, *Jus missionariorum*, 7 vols., Lovaina 1934ss; H. W. Schomerus, *Missionswissenschaft*, Leipzig 1935; S. Paventi, *La Chiesa Missionaria*, Roma 1949s; A. Mulders, *Inleiding tot de Missiewetenschap*, Bussum 1950; P. M. de Mondreganes, *Manual de misionología*, Madrid 1951; A. Seumois, *Vers une définition de l'action missionnaire*, Beckenried 1952; W. Holsten, *Das Kerygma und der Mensch. Einführung in die Religions- und Missionswissenschaft*, Munich 1953; P. Charles, *Los «dossiers» de la acción misionera*, Bilbao 1954; J. Funk, *Einführung in das Missionsrecht*, Kaldenkirchen 1958; G. F. Vicedom, *Missio Dei*, Munich 1958; R. Mohr, *Richtlinien für eine Missionsmoral*, Kaldenkirchen 1959; G. Rosenkranz-E. Lohse-J. Margull-H. W. Genischen-N. Geodall-H. Hermelink-Th. Ohm, *Mission: RGG IV* (1960) 989-999; Th. Ohm, *Ex contemplatione loqui. Gesammelte Aufsätze*, Münster 1961; Th. Ohm, *Machet zu Jüngern alle Völker*, Friburgo 1961; *Päpstliche Rundschreiben über die Mission von Leo XIII. bis Johannes XXIII.* (ed. por J. Glazik), Münsterschwarzach 1961; A. Santos Hernández, *Teología bíblico-patristica de las misiones*, Santander 1962; K. B. Wertmann, *Geschichte der christlichen Mission*, Munich 1962; H. R. Flachsmeier, *Geschichte der evangelischen Weltmission*, Giessen 1963; A. M. Henry, *Grundzüge einer Theologie der Mission*, Maguncia 1963; M.-J. Le Guillou, *Misión y unidad. Las exigencias de la comunión*, Barcelona 1963; L. Newbigin, *Gottes Mission und unsere Aufgabe*, Stuttgart 1963; H. R. Schlette, *Die Religionen als Thema der Theologie*, Friburgo 1963; F. Houtart, *L'Église et le monde*, París 1964; S. Kulandran, *Das Problem der missionarischen Verkündigung unter Menschen anderer Religionen: In sechs Kontinenten* (Stuttgart 1964) 69-80; M. Linz, *Anwalt der Welt. Zur Theologie der Mission*, Stuttgart 1964; G. Mercier-M.-J. Le Guillou, *Mission et pauvreté. L'heure de la mission*, París 1964; Th. Müller-Krüger (ed.), *In sechs Kontinenten. Dokumente der Weltmissionskonferenz Mexico 1963*, Stuttgart 1964; L. Wiedemann, *Mission und Eschatologie. Eine Analyse der neueren deutschen evangelischen Missionstheologie*, Paderborn 1964; J. Dournes, *Gott liebt die Heiden*, Friburgo 1965; *Mission als Strukturprinzip. Ein Arbeitsbuch zur Frage missionarischer Gemeinden*, Ginebra 1965; A. Santos, *Bibliografía misional*, Santander 1965; H. R. Schlette, *Colloquium salutis - Christen und Nichtchristen heute*, Colonia 1965; H. v. Straelen, *Our Attitude towards other Religions*, Tokio 1965; J. Aagaard, *Einige Haupttendenzen im modernen römisch-katholischen Missionsverständnis*, en F. W. Katzenbach-V. Vatja, *Wir sind gefragt*, Gotinga 1966, 116-144; E. Hillmann, *Tarea principal de la misión: Concilium 13* (1966) 325-333; M.-J. Le Guillou, *La misión como tema eclesiológico: ibíd.*, 406-450; K. Müller, *Los grandes principios de la dirección central de misiones: ibíd.*, 334-359; F. Blanke, *Missionsprobleme des Mittelalters und der Neuzeit*, Zurich 1966; H. Jedin, *Weltmission und Kolonialismus: Kirche des Glaubens - Kirche der Geschichte I* (Friburgo 1966) 495-508; H. Kahlefeld y otros,

*Christentum und Religion*, Ratisbona 1966; K. Rahner, *Grundprinzipien zur heutigen Mission der Kirche: Handbuch der Pastoraltheologie II/2* (Friburgo 1966) 46-80; K. Siepen (ed.), *Das Konzil und die Missionstätigkeit der Orden*, Colonia 1966; C. Alexander, *The Missionary Dimension of the Church. Vatican II and the World Apostolate*, Milwaukee 1967; G. H. Anderson (ed.), *Christian Mission in Theological Perspective*, Nueva York 1967; W. Böld y otros, *Kirche in der ausserchristlichen Welt*, Ratisbona 1967; J. Heislbetz, *Theologische Gründe der nichtchristlichen Religionen*, Friburgo 1967; *Die Kirche für andere und die Kirche für die Welt im Ringen um Strukturen missionarischer Gemeinden*, Ginebra 1967; H. Maurier, *Theologie des Heidentums*, Colonia 1967; J. Schütte (ed.), *Mission nach dem Konzil*, Maguncia 1967; G. F. Vicedom, *Mission im ökumenischen Zeitalter*, Gütersloh 1967; LThK Vat III (1968) 10-125; M.-J. Le Guillou, *La vocación misionera de la Iglesia*, en G. Baraúna (ed.), *La Iglesia del Vaticano II*, I, Barcelona 1968, 697-712; H. T. Neve, *Sources for Change. Searching for flexible Church Structures*, Ginebra 1968; J. Aargaard, *Witness and Dialogue in Missionary Perspective: Oecumenica 1969* (Gütersloh 1969) 132-149; P. Arrupe, *Misión y desarrollo*, Madrid 1969; K. Rahner, *Los cristianos anónimos: Escritos de Teología VI* (Madrid 1969) 535-544; J. Glazik, *Misión en las religiones no cristianas: SM IV* (1973) 700-705; J. Masson, *Misión, misiones: ibíd.*, 629-696; E. L. Murphy, *Misionología: ibíd.*, 705-710; K. Rahner, *Misión y cristianismo implícito: ibíd.*, 696-700; J. López Gay, *A los diez años del decreto «Ad gentes»*, Burgos 1976; H. Küng, *Ser cristiano*, Ed. Cristiandad, Madrid 1977; 105-144; J. Bruls, *Las misiones: Nueva Historia de la Iglesia V* (Ed. Cristiandad, Madrid 1977) 373-406; *La evangelización en el mundo de hoy: Concilium 134* (1978).